

SONABA la sirena, y nosotros teníamos que escondernos. La profesora cerraba su libro con lo que ahora supongo era palidez, y en una voz susurrada y sin estridencias, nos decía: «Debajo de los escritorios, niños». Como hablando en un funeral. Y nosotros, de rodillas, de rodillas con la cabeza entre las piernas.

Era el invierno de 1951, yo tenía ocho años, y vivíamos en Nueva York.

Un ejercicio solitario aquel, lleno de presagios. Estaba prohibido mirar al vecino o hacer comentarios. Las risas se iban sofocando de a poco. A uno se le olvidaba, incluso, la opción —no demasiado obsesiva a esa edad, me imagino— de vislumbrarle la punta de los calzones a alguna compañerita esquiava. Nos habían dicho que era un simulacro, que alguien nos quería matar desde el cielo, que no había nada que temer. Pero entonces, ¿por qué y para qué nos estábamos preparando?

Yo no sabía nada de armas nucleares. Vagamente, que el hombre tenía la capacidad de devastar regiones enteras, y que dos nombres de ciudades japonesas aparecían en las misteriosas conversaciones de los adultos con el tono que se reserva para el demonio o quizá Dios. No sabía de los efectos radiactivos, de la contaminación atmosférica, del plutonio o el uranio, del proceso de fusión y fisión del átomo. No sabía que, seis años antes, el 16 de julio de 1945, Robert Oppenheimer, uno de los sabios que ayudó a fabricar la bomba, al contemplar su primera explosión en el desierto de Nuevo México, había recordado las palabras hindúes de Vishnu: «Me he convertido en la Muerte, aquel que deshace mundos.» No sabía nada de esto. Y, sin embargo, en alguna zona, sí lo sabía. Mis ojos estaban cerrados entre mis manos, mis oídos no escuchaban una palabra o un chiste de mis amigos. La indefinición de la amenaza, junto con su enormidad, era aterradora. El silencio se había tragado el mundo. Si ese silencio seguía, podía tragarse para siempre el mundo.

Pero tales anticipaciones de la extinción no tienen derecho a persistir a la luz del sol. Cuando la sirena se acallaba, y volvían los patios y las pelotas, los árboles y los calzones de las niñas, desaparecía también el miedo. Se dejaba de lado, convenientemente, hasta la próxima emergencia.



«El resultado de una guerra nuclear no serían millones de muertos, sino la aniquilación de la especie humana.» En la fotografía, el hongo de la bomba de Hiroshima.

SONABA LA SIRENA

ARIEL DORFMAN

Después, unos años más tarde, esas pesadillas se me desdibujaron. Retornamos a América Latina, donde los fenómenos nucleares siguieron sin interesarme mayormente. Para explicarme tal indiferencia, si es que me lo llegué a preguntar, me sirvió la mudanza geográfica. Si había sido lejana e incontrolable esa situación para un niño en Nueva York, para un adolescente en Chile resultaba directamente irreal, casi inexistente. Una parte de mi mente iba aprendiendo que la humanidad había descubierto una fórmula que permitía utilizar, para el bien y para el mal, toda la energía encerrada en la masa del universo. No quise admitir que la ciencia había desnudado leyes físicas que podían desencadenar todas las muertes la muerte sin que el hombre hubiera diseñado simultáneamente un sistema global de convivencia que hiciera imposible la guerra de todas las guerras. Rechazaba, supongo, contemplar el abismo que existe entre la capacidad tecnológica para destruir y la capacidad humana, social, para controlar esa omnipotencia. Por otra parte, no me quedaba más alternativa que con-

jeturar que los estadistas de los países que poseían armas atómicas eran seres responsables, y que jamás serían lanzadas, pese a las predicciones del doctor Strangelovex o las instituciones de un universo sin palabras o gestos como el de Beckett. Como un holocausto era impensable, alguien adentro mío había decidido, muy simplemente, que era necesario dejar de pensarlo.

No recuerdo, en todo caso, que mi apatía me pareciera anormal o molesta. Es probable que la hubiera atribuido a la distancia, mi doble distancia, del centro de operaciones. Por una parte, me sentía absuelto por el sencillo hecho de que no había nada que yo pudiera hacer. Por la otra, si tales maniobras apocalípticas llegaran a producirse, me quedaba el sombrío y fúnebre consuelo de que su sitio era otro: un lugar donde los niños se escondían en posición fetal, las profesoras cerraban los libros con brusquedad, las radios enmudecían con falsas alarmas, un lugar donde las sirenas eran más frecuentes que los pájaros. En alguna zona cero de mi cabeza, sin duda una voccecita triste se decía que

el remoto Norte había monopolizado el poder y los recursos tecnológicos. Ahora, que monopolizara sus frutos.

Pero dudo de que le haya otorgado a tales meditaciones melancólicas más de unos instantes, antes de pasar a otras urgencias. Era algo que no me concernía.

Ahora, sin embargo, de vuelta en los EE. UU., me he dado cuenta de que mi indiferencia no era, primariamente, un producto de mi lejanía, de mi sumergimiento en el Tercer Mundo. Me queda claro que, durante las últimas décadas, los habitantes de

su incommovible mayoría, continuaron tejiendo su vida cotidiana como si la teoría de la relatividad de Einstein no contuviera la receta que permite exterminar hasta el último ser que respira en esta tierra.

De repente, sin embargo, en los últimos meses, todo ha cambiado. La Administración Reagan, que ha hablado de la posibilidad de ganar una guerra nuclear limitada, que busca una superioridad estratégica sobre la URSS, que ha disminuido los gastos sociales mientras aumenta el presupuesto militar, ha sembrado en su

el mundo) hicieran algo similar. No obstante lo cual, los obispos católicos de esas urbes anunciaron su oposición a la fabricación de tales artefactos: uno retendrá la mitad de sus impuestos en protesta, el otro pidió a los trabajadores que renunciaran a ese tipo de labor para buscar algo más pacífico. Todas las profesiones exhiben este tipo de activismo, siendo los médicos los más categóricos y estrepitosos. Muchos de ellos recorren el país, explicitando los agrios pormenores que esas explosiones ocasionarían, y rechazando la idea de prepararse



«En Hiroshima, el número de víctimas se estimó en más de 7.000 muertos y 10.000 heridos graves, hoy en día todavía sigue muriendo gente a consecuencia la bomba. Más del 70 por ciento de los edificios quedaron arrasados, como muestra la foto.»

este país que puede recibir o desencadenar la exterminación, me queda claro que tampoco ellos le habían dado importancia al asunto. Ellos también se levantaron del suelo, dejaron atrás los escritorios y la profesora pálida y lograron enterrar en los subterráneos de su mente la eventualidad de una guerra nuclear. Se sentirían tan ajenos al fenómeno y su control, como los ciudadanos de tantos países miserables y marginales se sienten frente a las catástrofes del hambre, del desempleo, de las dictaduras. Aunque hubo un breve intervalo en que la crisis de los misiles de Cuba y la revelación de los efectos a largo plazo de la radioactividad, estimularon un movimiento significativo de la opinión pública, aquello duró poco tiempo, y no alteró —aparentemente— los hábitos de los estadounidenses. En

propio pueblo las semillas de una reacción que, esta vez, no parece ser transitoria. Es difícil describir la amplitud de la agitación que hoy existe acá en torno al dilema nuclear. No se trata tan sólo de una movilización visible, de cúpulas, senadores y representantes que piden congelar —y luego reducir?— la producción de armas mortales. Garret Park, un pequeño pueblo a dos kilómetros de mi casa en Maryland, acaba de declararse «una zona libre de lo nuclear». No se podrán, proclamaron sus mil residentes, producir, transportar, montar, estar armas. Una decisión ante todo simbólica. No es imaginable que ciudades como Seattle (que vive de la industria Boeing) o Amarillo (el lugar en Texas donde se ensamblan todos los componentes nucleares para después dispersarlos por el continente y

para atender a las víctimas. Maratones de diverso tipo se organizan: corredores por la paz, niños que pintan contra la guerra, poetas que leen durante varias jornadas sus obras, seminarios interminables. Cada día son más los que se incorporan a una de las organizaciones, multipartidarias, multirraciales, que florecen. Una amiga que trabaja en una coordinadora de estos movimientos dice que el teléfono suena incesantemente, hasta el punto de que van a tener que emplear más personas solamente para responder a los miles y miles de llamadas de todo el país.

Los ejemplos podrían multiplicarse. Pero lo que importa, lo que indica que no se trata de un tema que está de moda hoy y que mañana volverá a olvidarse, es el cambio de clima. Lo que se está modificando, profunda-



SONABA LA SIRENA

mente, es el modo en que las personas sienten y piensan el fenómeno.

Tal vez, por eso, entre todas las manifestaciones, la que ha causado mayor impacto intelectual es el extraordinario libro de Jonathan Schell, *The Fate of the Earth (El Destino de la Tierra)*, que acaba de sacar Alfred A. Knopf en Nueva York, y que ya ha agotado sus primeras ediciones, vendiendo centenares de miles de ejemplares. Schell, que venía trabajando el tema hacia cinco años, postula que los efectos de una guerra nuclear no pueden predecirse en forma estadística y normal; el resultado no sería millones de muertos y heridos, sino que la aniquilación de la especie humana y, con toda probabilidad, de todos los seres vivos, dejando —si el planeta tiene suerte— una «república de insectos y pastos». Estas formas de vida, por cierto, son las más tenaces, las menos vulnerables. Para que el lector pueda concebir, hacer suyo, esa conclusión, Schell explora, con pesadumbre, con asfixia, con seca alucinación, toda la metódica gama del dilema nuclear.

Comienza, justamente, por enfrentar la pregunta que yo nunca me hice, que dejé abandonada debajo del escritorio cuando salí a gozar del sol de la niñez, la pregunta que nadie se quiere hacer: ¿Cómo es posible que podamos dejar el futuro de nuestros hijos, y del planeta, las decisiones más importantes de nuestra historia, en otras manos?

Según Schell, que así sea puede resultar inverosímil y delirante, pero es también comprensible. No se trata tan sólo de que una muerte de esas proporciones nos transforma simultáneamente en víctimas y verdugos, en suicidas, de que el precipicio nunca ha sido un concepto cómodo. No se trata tan sólo de que tendríamos que cambiar toda nuestra mentalidad si nos creyéramos verdaderamente capaces de desatar una matanza —en nombre de qué ideales superiores, en nombre de qué valores— de la humanidad entera.

Se trata según Schell, de una incapacidad que encuentra su origen en la estructura misma del fenómeno nuclear, la normalidad aparente de la

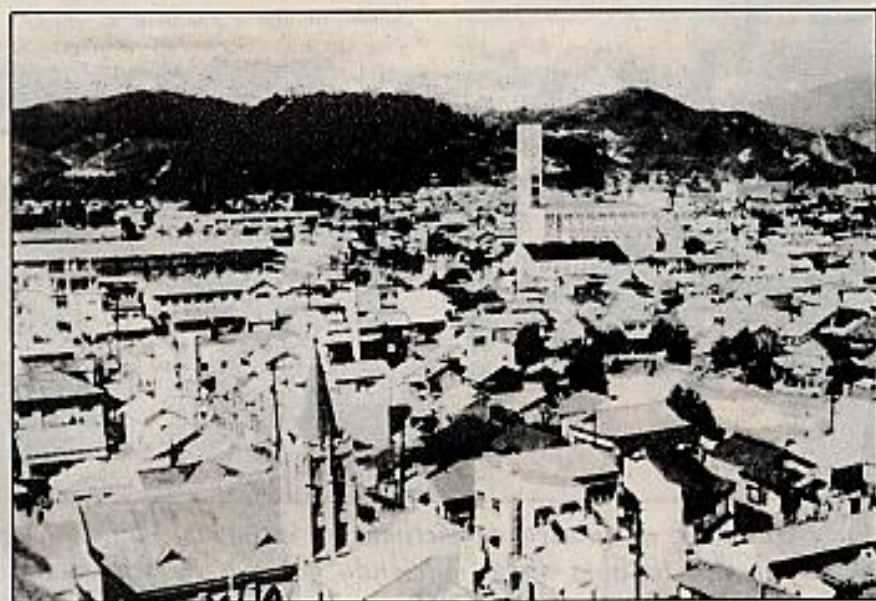
vida como ahora existe, la ruptura súbita que podría sobrevenir.

La brecha que existe ante la inmensidad de la energía del universo y la insignificancia del botón que puede desamarrarla, se reproduce en el terreno del conocimiento. Somos incapaces, casi todos, de penetrar las leyes científicas que conducen a tales resultados. Colocar en términos tangibles la dimensión invisible, por interior y mínima, del átomo, o invisible por exterior y colosal, de un holocausto, es una tarea ardua. Tanto las causas como las consecuencias son, inimaginables. Como con el fascismo, lo que existe es el presente atrocemente habitual y tranquilo.

Una guerra nuclear supera, además, las formulaciones convenciona-

esfuerzos por describir la situación. No hay experiencia de aquello, no hay memoria, no hay términos de comparación. Hiroshima ya está en el límite de lo increíble.

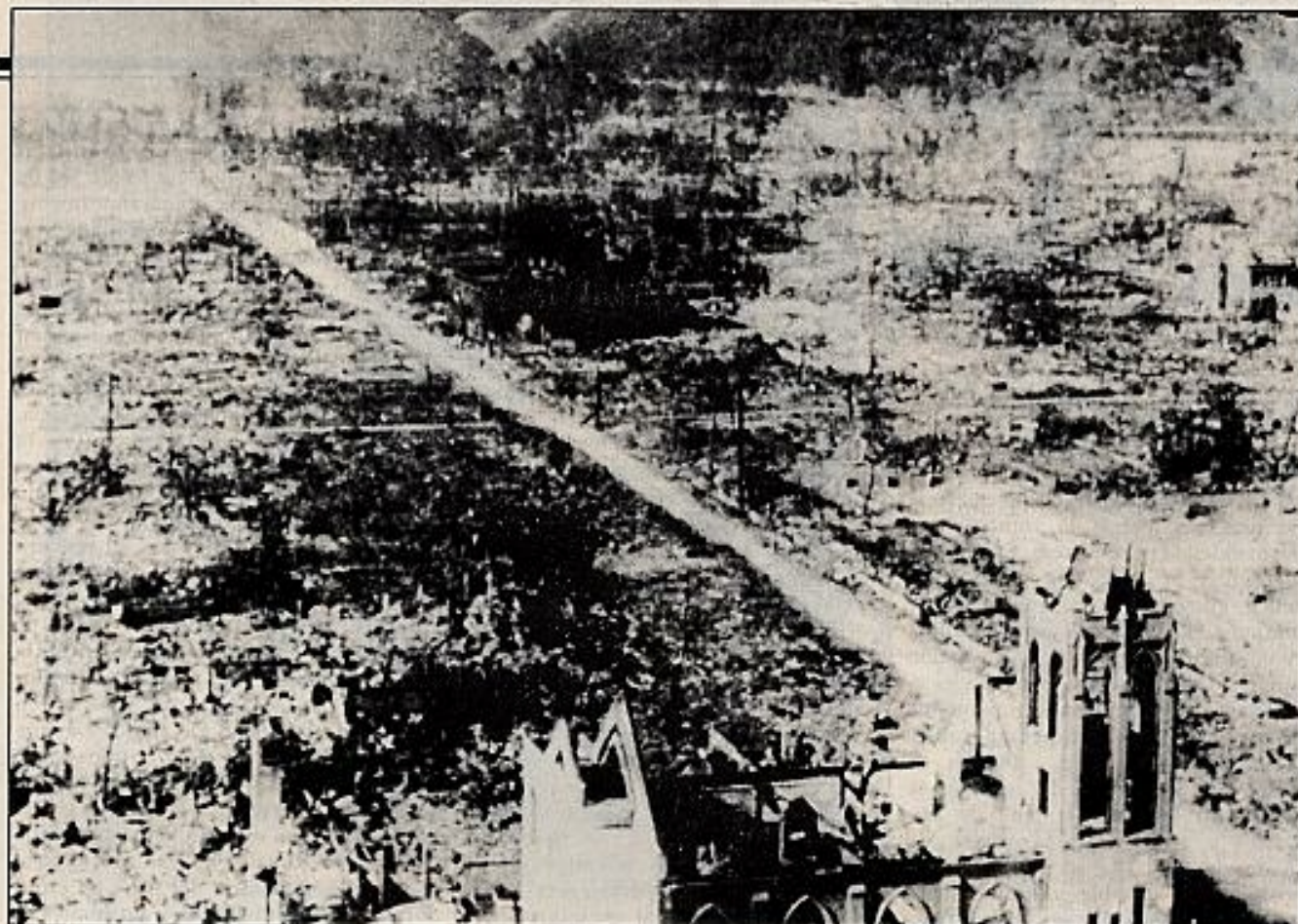
Esta dificultad para narrar un desastre nuclear no es, entonces, sólo una autodefensa de parte de sus posibles víctimas. La distancia entre el mundo actual y el súbito mundo del apocalipsis es, de hecho, intransitable en la imaginación. Necesitaríamos —ahora y después— ojos totales, absolutos, una perspectiva inhumana, para reflejarlo. Habría que proyectarse en un cadáver vivo, en una divinidad muerta, para ver lo que ningún sobreviviente tendrá ocasión de ver, lo que no cabe en ninguna mente.



les. Hiroshima y Nagasaki, los únicos casos reales de que disponemos, pueden ser cuantificados: basta multiplicar todo lo peor que conocíamos antes. Pero una multiplicación de Hiroshimas (una bomba de 20 megatones equivale a 1.500 Hiroshimas) no nos ayuda a evocar lo que sería un cataclismo nuclear. Para empezar, porque en el caso de una guerra total contemporánea, a diferencia de las ciudades japonesas, no existiría «afuera», un lugar desde donde podría llegar socorro. Huir de una región sería huir hacia otra región igualmente devastada. ¿Y cómo concebir la vida sin la ozona, la capa atmosférica que nos protege de la luz ultravioleta, y cuya aparición lenta en nuestro planeta fue lo que permitió a los organismos vivos desarrollarse?

No es raro, entonces, que el mismo Schell constantemente dude de sus

Es esta incertidumbre lo que le brinda al volumen su extraña, horrible, irreal calidad. El infierno al que se nos invita a descender es uno muy especial. Porque no se trata de otro mundo, sino de la continuación fantasmagórica de éste. Como no es verificable lo que ha de suceder, cuántos pájaros quedarán ciegos, cómo se afectará la fotosíntesis de las plantas, de qué manera se caerán los dientes de los que subsisten en zonas alejadas, y después el pelo, y después la piel, como no se sabe a ciencia cierta qué modificaciones de clima habrán de ocurrir, con qué rapidez morirán los pinos y las mariposas, cuánto tiempo tardará en extinguirse nuestra madre, el paisaje termina siendo desolado y a la vez especulativo, obscenamente especulativo. Nada es empírico, pero todo puede suceder. El quizás, el quién sabe, el tal vez de que se habla,



Imágenes de Hiroshima, antes y después de que cayera la bomba: «El problema de lo nuclear estaría en una incapacidad que encuentra su origen en la aparente normalidad de la vida como ahora existe, la ruptura súbita que podría sobrevenir.»

no es un juego de espejos, sino que se refiere a nuestra supervivencia misma. Por eso, cualquier alternativa, por incalculable y drástica que sea, puede resultar una subestimación. Cada año, nos dice Schell, descubrimos algo peor que puede suceder. Examina con minuciosidad los círculos centrifugos de la destrucción, que se irán acumulando y sobreponiendo: la primera explosión, las bolas de fuego que convierten kilómetros enteros en crematorios, los vientos incinerantes, el sol a medianoche, la inaudible e impalpable radiación entrándonos a los pulmones. Hay quienes sugieren que hace falta estudiar la edad media para saber cómo vivir con autosuficiencia. Schell, con un lenguaje que agrega a la sensación de irrealidad, por ser técnico, preciso y elegante y aplicarse a todas esas muertes sucesivas y simultáneas, dice que no perdamos el tiempo. Lo dice como si estuviera exhibiendo, desapasionadamente, un experimento inexistente en un laboratorio demasiado existente. El hombre no sólo destruiría su sociedad, la historia que lo condujo hasta la subdivisión del átomo, sino

que suprimiría también toda la cadena ecológica que nos sustenta y, con ello, la especie misma. Los otros animales, los océanos, la vegetación, la biosfera. Nadie puede predecir qué ocurriría al desequilibrar los delicados acuerdos de la naturaleza. La tierra podría quedar arrasada y sin destino, un baldío radioactivo. Es, paradójicamente, como si la humanidad, habiendo llegado a este dominio de las fuerzas del universo, pudiera realizar ahora el camino inverso, involutivo, retornar al momento en que nada vivo existía sobre el planeta.

No es seguro esto, escribe Schell. No es seguro que lo que tardó billones de años en desarrollarse, pudiera extinguirse en un espasmo, en lo que dura prender una ampollita.

Solamente es probable.

Es un riesgo, sin embargo cuya magnitud no podemos darnos el lujo de medir.

En una sección que a mí me pareció la más atrayente de todas, Schell medita acerca de la influencia que ejerce una eventual guerra nuclear en la conciencia de la segunda mitad del siglo XX. La mera posibilidad de tales

acciones resulta un crimen contra el futuro y contra el pasado, contra todos los que no han nacido y jamás nacerán, contra todos los que han muerto y jamás serán recordados. Como yo acabo de terminar una novela en que un feto organiza una huelga contra los adultos en nombre de los que aún no han sido engendrados y en nombre también de los antepasados que han caído en el olvido, los argumentos de Schell me parecieron casi familiares, casi íntimos. Como él señala, todos tenemos que morir alguna vez. Esa primera muerte es lo más solitario y personal que existe, una experiencia irrepetible. El nacimiento, en cambio, es aquello que nos pertenece a todos, que es de toda la comunidad. Una guerra nuclear significaría la muerte de la humanidad, una segunda muerte que asesinaría, junto con el tiempo presente, todos los otros tiempos humanos.

Pero esta extinción —que fue prefigurada en la solución final hitleriana— ensombrece además nuestra vida contemporánea. Porque aunque el niño aquel no sabía de qué se trataba la



SONABA LA SIRENA

amenaza, ese niño agachado debajo de su escritorio, aunque durante décadas casi no se hablaba del fenómeno, aunque era una situación abstracta e incomprensiva, que parecía no tocar ni alterar lo cotidiano, la normalidad era espúrea. Espúrea e indecente. Se abre una grieta, dice Schell, entre lo que sabemos y lo que sentimos. Esa grieta envenena todo, como un cáncer, como la radiación misma. «Colocamos nuestros quehaceres diarios en un compartimento de nuestras vidas, y la amenaza contra toda la vida en otro... Dentro de poco, la negación de la realidad se vuelve un hábito y la falta de respuesta y sensibilidad se vuelve un modo de vida. La sociedad que ha aceptado su posible aniquilamiento encuentra luego que es difícil reaccionar contra males menores, porque una sociedad no puede al mismo tiempo estar despierta y dormida, sana e insana, contra la vida y a su favor.»

Aunque creo que Schell se equivoca al tratar de reducir toda la alienación contemporánea al dilema nuclear, su examen de las diversas formas en que este tipo de circunstancia afecta al norteamericano contemporáneo es altamente iluminador. Tiene la tendencia etnocéntrica, típica de su país, de suponer que la humanidad vive una crisis similar a la que asedia a su nación, de proyectar sobre los demás sus propios problemas. Pero no cabe duda de que su análisis de cómo todos los actos humanos quedan impregnados por el perverso peligro de la autodestrucción, coloca en una nueva luz una serie de hechos: el deterioro de las relaciones de la pareja, el arte de lo happening, el imperio de la pornografía, el renacimiento del pensamiento conservador, la confianza en el propio placer como única medida mientras se desconfla de toda acción política, toda reforma social. Cuando el hombre es capaz de asesinar a todos sus semejantes, a convertir lugares como Auschwitz en la norma y no en la aberración, es su moralidad lo que se desintegra, su capacidad para ser vínculo entre los ancestros y los descendientes. Al con-

templar la posibilidad de quedar sin historia, la humanidad asesina la esperanza y la memoria.

Esta situación crítica no es, además, pasajera ni desandable. Su irrevocabilidad depende de la existencia objetiva de la materia y de la estructura racional, igualmente permanente, de la raza. «Nunca más -dice Schell- habrá un momento en que la autoextinción no esté al alcance de nuestra especie.» Siendo así, siendo éste el único universo posible, siendo reconquistables sus leyes físicas, es ahora el momento para encontrar una solución.

«Tenemos que aprender a vivir políticamente en el mundo en que ya vivíamos científicamente», es decir, hay que dar un salto «cuántico» en nuestra comprensión de la amenaza y en la respuesta ética de ella. Hay que ajustarse. Nuestros cuerpos no pueden habilitar el presente, mientras nuestro pensamiento funciona en la era prenuclear. Termina Schell abogando por cambios drásticos en las relaciones internacionales y en el modo mismo en que se han construido los estados nacionales, exigiendo que la supervivencia de la humanidad como tal se anteponga a cualquier otro interés.

Las proposiciones de Schell son, inevitablemente, vagas y utópicas. Incluso, la derecha norteamericana ridiculiza sus predicciones, aprovechando sus sugerencias prácticas. Pero sin poder yo mismo idear una solución adecuada al dilema, creo que Schell tiene razón al denunciar la profundidad de la crisis en que nos hallamos, la encrucijada definitiva a la que nos vamos aproximando. Tenemos la capacidad para destruirnos, pero no disponemos de los medios para evitar esa destrucción. Nuestra mente, nuestra imaginación, nuestras emociones, nuestros esfuerzos de organización social, no están a la altura de nuestra vocación para el suicidio colectivo.

Aunque el libro de Schell es una toma de conciencia de la gravedad de nuestro predicamento, y para mí resulta así una verdadera revelación, a mi juicio subestima las dificultades que habrá que superar para reapropiarnos de nuestro destino. El desea apelar a todos los hombres, a todas las clases, a todas las naciones. Y cuando pinta su cuadro de implicancias filosóficas y concretas, no analiza por lo tanto los intereses industriales, militares, políticos, que están detrás del armamentismo.

Tampoco conecta la falta de control que sentimos frente a las armas nucleares con el hecho previo, y genera-

lizado de que los ciudadanos comunes y corrientes casi no ejercen control en ningún aspecto de sus vidas. Si la gente no participa democráticamente en sus barrios en sus comunidades, en sus sociedades, ¿cómo ha de decidir que los megatones dejen de fabricarse? Quienes no dominan su propio trabajo y su ocio, quienes no disponen del poder para escoger su empleo o educación, quienes se sienten indefensos ante la Policía y la Justicia, ¿cómo van a rebelarse contra la oculta, insensible dominación que establecen las autoridades sobre la vida de las futuras generaciones?

En la sociedad de masas, ni siquiera se controla el tipo de información que se recibe sobre estos aspectos.

Un ejemplo lo probará.

Hace ocho, nueve meses atrás, la NBC presentó un teleteatro en dos partes, *La Tercera Guerra Mundial*, en que se mostraba el modo en que podía suceder, de aquí a unos años, un holocausto. Con Rock Hudson como presidente de los EE. UU. (lo que no es tan extraño, en vista de que el actor Ronald Reagan es el real primer mandatario del país), se enfocaba el engranaje de agresiones y malos entendidos que podrían conducir a nuestra auto-eliminación. Pero el énfasis se ponía en los políticos y los militares, bienintencionados, pero torpes. Era un film fundamentalmente de guerra, sucediendo la mayoría de las maniobras en Alaska (donde los rusos supuestamente atacaban una refinería de petróleo). La población civil aparecía fugazmente al final, una serie de instantáneas a punto de ser icineradas, congeladas en un suave fuego atómico. La catástrofe era abstracta, remota, casi invisible.

Ahora *Lou Grant*, una de las teleseries más populares, ha comenzado a mostrar, desde la ficticia sala de Prensa de un periódico en Los Angeles, la forma en que una ciudad entera se prepara para una guerra nuclear. Es como si se colocara al hombre medio norteamericano, y por lo tanto al espectador, frente a los dilemas concretos que esa situación entrañaría, como si el guión siguiera al pie de la letra el libro de Schell. Por ejemplo, los planes multimillonarios para la defensa civil (evacuación de ciudadanos, facilidades de salud y alimentos, construcción de refugios anti-nucleares) se muestran como absurdos. Una adolescente que ha sufrido quemaduras en un accidente en la carretera, necesita terapia intensiva durante meses para poder sobrevivir.



«Cuando el hombre es capaz de asesinar a todos sus semejantes, de convertir lugares como Auschwitz en la norma y no en la aberración, es su moralidad la que se desintegra.» Dos imágenes de las víctimas en Nagasaki.

Se podría atender, en condiciones normales (con drogas, electricidad, enfermeras, baños especiales) a quince casos como el de ella. Y después de una sola explosión nuclear, ¿cuántos pacientes (léase sobrevivientes) se pueden esperar? En el área de Los Angeles, unos cuantos millones, es la respuesta.

Cuando yo vi ese primer episodio, que debía continuar durante semanas, la verdad es que me entusiasiné. Tal vez exageré su trascendencia. Después

de todo, que un programa como ese popularice el tema indica que no sólo apasiona a los exclusivos lectores del *New Yorker*, la sofisticada revista que serializó, originalmente, en forma de artículos, el ensayo de Schell. Cuando una situación pasa a tener un ángulo humano, cuando se pone un rostro reconocible y anecdótico, cuando atraviesa por el filtro del melodrama y de la comedia, entonces, paradójicamente, comienza a poseer, en EE. UU., un aura de realidad incontra-

restable. Para que algo sea creíble y verdadero, tiene antes que poder traducirse a los parámetros del espectáculo habitual.

Pero mi entusiasmo disminuyó rápidamente. CBS acaba de anunciar que está descontinuando *Lou Grant*. Las razones no están claras, y no quisiera adelantar la sospecha de que se debe a que los guionistas se atrevieron a enfrentar un tema tan contemporáneo y conflictivo. Se dice que habría caído en las preferencias de los telespectadores. O puede haber influido la controversia en torno a Ed Asner, estrella del *show* y presidente del sindicato de actores. Recientemente apareció acá en Washington para donar dinero para atención médica para la guerrilla salvadoreña.

¿O será que mostrar la autodestrucción en forma tan inmediata, cercana, a través de celebridades que representan al hombre común en la pantalla, lejos de la abstracción de los «juegos de guerra» y de los presupuestos militares ininteligibles, es simplemente un plato demasiado fuerte para el norteamericano medio? ¿será que la muerte total es una situación que simplemente no cabe en la pantalla chica y en el optimismo grande de Norteamérica?

No lo sé, no tengo cómo saberlo.

Lo que sí está claro es que alguien que yo conozco tomó la decisión de que yo —y millones que saben de esto mucho menos que yo— no pudiéramos ver en la televisión la dramatización de este problema de vida o muerte, que durante años jamás se ha tocado el tema.

Es en este tipo de mundo, de comunicaciones verticales, en que no controlamos la información o los recursos del pensamiento, es en este tipo de mundo que hay que organizar el movimiento por la abolición de las armas nucleares.

El libro de Schell no indica cómo realizar esa hazaña.

Pero hace algo primordial y eso lo hace endemoniadamente bien. Después de haberlo leído, nadie puede seguir viviendo como si todavía estuviera debajo de un escritorio porque una voz nos mandó que nos escondiéramos. Nadie puede seguir obediendo una voz que nos ordena no abrir los ojos, no escuchar, no decir ni una palabra.

El ensayo de Jonathan Schell, y millones que se movilizan en USA, Europa y otras partes del mundo, están avisando que ha llegado el momento de decir más, mucho más, que una palabra. ■ A. D.